

# ¿Dónde va Europa?

## Los cristianos valor y esperanza de futuro

---

IV Encuentro Continental Europa-Mediterráneo del FIAC

Madrid, del 1 al 4 de marzo de 2007

### DOCUMENTO FINAL

### CIUDADANOS CRISTIANOS PARA LA EUROPA DE MAÑANA

#### I. La identidad cultural y espiritual del “viejo continente”

**1.** Los cristianos miran al futuro de Europa con la esperanza que emana de la fe en Jesucristo, verdadero y único príncipe de la paz. «La paz mundial no podrá ser defendida sin esfuerzos creadores que estén a la altura de los peligros que la amenazan. La aportación que una Europa organizada y viva puede hacer a la civilización es indispensable para el mantenimiento de las relaciones pacíficas». Estas palabras pronunciadas por Robert Schumann en la famosa Declaración del 9 de mayo de 1950 -que llevaría al cabo de un año a la puesta en marcha de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero [1951] y después a la fundación de la Comunidad Económica Europea [1957]- resuenan hoy con extrema actualidad. Transcurrido medio siglo, caído el Muro de Berlín, terminada la “*guerra fría*”, (con la consiguiente creación de países independientes en el interior de Europa), cumplido el proceso de descolonización, las palabras del entonces ministro de Exteriores francés llaman aún a Europa a su primera y verdadera vocación: ser “constructora de paz”, dentro de sus fronteras y en el tablero mundial.

**2.** La actual fase histórica muestra naturalmente notables diferencias con la realidad de la segunda postguerra. Sin embargo constatamos cada día nuevas amenazas a la paz y a la convivencia entre los pueblos: basta pensar en todos los conflictos en curso, en el terrorismo internacional, en la inestabilidad política de tantas áreas del planeta, en el hambre, las enfermedades, el analfabetismo y en las profundas desigualdades socio-económicas que gravan sobre una gran parte de la población mundial.

El diseño de una Europa “unida en la diversidad” y portadora de paz avanza despacio. Las instituciones de la Unión Europea experimentan en esta fase múltiples obstáculos en su camino. El doble “*no*” a la Constitución, llegado en 2005 de parte de los electores franceses y holandeses, ha sonado como un timbre de alarma para indicar que la UE está todavía demasiado alejada de los ciudadanos y de sus exigencias reales. Esta de hoy, aparece como una Europa “sin sueños”, que se arriesga a alejarse del diseño solidario preconcebido por los “*padres fundadores*”. Una UE a merced -en su interior- de reforzados nacionalismos y solicitada -desde el exterior- por los grandes retos puestos por la mundialización de los procesos económicos, demográficos, políticos y militares.

Esta Europa comunitaria tiene hoy necesidad de un nuevo impulso que surge de un compromiso personal: el compromiso de conocerse a sí mismos, a unir su propia identidad con la del otro, para generar una auténtica comunidad.

En repetidas ocasiones la Iglesia ha afirmado su confianza en el proceso de integración política, aún apuntando obstáculos y límites.

**3.** Las palabras pronunciadas por el desaparecido Papa Juan Pablo II son ejemplares: «Como ejemplo, ciertamente privilegiado, de paz posible bien puede ser puesta Europa: naciones un tiempo ferozmente adversarias y opuestas en destructivas guerras, se encuentran hoy juntas en la Unión Europea, que durante el pasado año se ha propuesto consolidarse posteriormente con el Tratado Constitucional de Roma, mientras queda abierta a acoger a otros Estados, dispuestos a aceptar las exigencias que su adhesión comporta» [Discurso ante el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, 10-1-2005]. Una paz que -se lee entre líneas- requiere la construcción de una democracia madura (en referencia a la Constitución) y de una “casa común” abierta a nuevos miembros que compartan los grandes valores y los objetivos comunitarios.

Al mismo Juan Pablo II se atribuyen un millar de intervenciones (documentos, discursos, exhortaciones, homilias...) que desarrollan la intuición “*européista*” ya reconocible en la enseñanza de Pablo VI. El Pontífice polaco promovió dos Sínodos de los Obispos europeos, uno al día siguiente de la caída del Muro de Berlín, y el otro en las vísperas del nuevo milenio; trabajó por la superación de los “*muros*” que dividían Europa, de manera que pudieran confluir Oriente y Occidente, «los dos pulmones» -según una célebre expresión suya- «de los que Europa no puede prescindir si quiere respirar».

Wojtyla viajó a lo largo y a lo ancho del continente en numerosas ocasiones, predicando la *concordia*, la *escucha* y el *perdón recíprocos*, así como la *tutela de la vida*, la *defensa de los derechos y de las libertades fundamentales* y auspiciando un reforzado *diálogo intercultural e interreligioso*. Insistió en indicar algunos “*patronos*” -Benedicto, Cirilo y Metodio, Santa Catalina de Siena, Edith Stein, Brígida de Suecia- emblemas de una identidad espiritual y cultural común, que hunde sus raíces en los siglos pasados, entendidos como fundamento para *la Europa del futuro, unida en su interior y abierta al mundo, comprometida en edificar la paz y solidaria hacia las naciones más pobres del planeta*.

## **II. Cristianos protagonistas. La enseñanza de la Iglesia.**

**4.** En este marco se comprenden las acaloradas y reiteradas llamadas para que fuera insertada en el preámbulo de la Constitución de la UE una clara referencia a las “*raíces cristianas*” del Continente. «*Europa*, que estás comenzando el tercer milenio, “*vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces*”. A lo largo de los siglos» -escribe Juan Pablo II- «has recibido el tesoro de la fe cristiana. Ésta fundamenta tu vida social sobre los principios tomados del Evangelio y su impronta se percibe en el arte, la literatura, el pensamiento y la cultura de tus naciones. Pero esta herencia no pertenece solamente al pasado; es un proyecto para el porvenir que se ha de transmitir a las generaciones futuras» [*Ecclesia in Europa*, 120].

También nosotros deseamos proponer la petición de un reconocimiento adecuado a la herencia cristiana, que ha ayudado -junto a otras tradiciones- a plasmar el rostro espiritual, social, cultural y religioso de Europa. A la invitación a reconocer las raíces cristianas de Europa corresponde también la invitación a reconocer y respetar los valores y los símbolos religiosos y a garantizar la libertad de culto y de testimonio público de la fe.

Al proyecto de la recomposición espiritual, cultural, política y social de Europa, los cristianos están llamados a hacer su contribución con «la aportación de comunidades creyentes que tratan de llevar a cabo el compromiso de humanizar la sociedad a partir del Evangelio, vivido bajo el signo de la esperanza». Pero también mediante «*una presencia de cristianos*, adecuadamente formados y competentes, en las diversas instancias e Instituciones europeas, para contribuir, respetando los procedimientos democráticos correctos y mediante la confrontación de las propuestas, a delinear una convivencia europea cada vez más respetuosa de cada hombre y cada mujer y, por tanto, conforme al bien común» [*Ecclesia in Europa*, 117].

**5.** En esta misma dirección aparecen orientadas algunas llamadas recientes de Benedicto XVI, que ya ha dedicado a Europa numerosas intervenciones, así como el trabajo de los organismos eclesiales europeos, *in primis* el CCEE [Consejo de las Conferencias Episcopales Europeas] y la COMECE [Conferencia de los episcopados de la Comunidad Europea].

Invitando a no olvidar la identidad y los fundamentos espirituales de la comunidad europea de los Estados y de los pueblos, Benedicto XVI ha afirmado: «Ni una unión más o menos económica ni un cuerpo burocrático de normas que regulan la coexistencia pueden satisfacer completamente las expectativas de la gente sobre Europa. Los profundos orígenes de una “*vida común*” europea estable y sólida se encuentran en las

convicciones comunes y en los valores de la historia y de las tradiciones cristianas del continente. Sin una auténtica comunión de valores es imposible construir esa comunidad sólida de derechos que los hombres y las mujeres de nuestro continente esperan» [Discurso al Embajador austriaco ante la Santa Sede, 18-9-06].

Una atención especial merece, en el ámbito de una reflexión sobre el papel de los cristianos como constructores de la Europa del mañana, el documento de la COMECE titulado: “El futuro de la Unión Europea y la responsabilidad de los católicos”. Los mismos obispos, conscientes de que «la Unión Europea necesita construirse sobre una sólida comunidad de valores» [*Valores comunes. La fuente vital del proyecto europeo*, 1], con ocasión del 50 aniversario del Tratado de Roma, han promovido un Congreso sobre “Valores y perspectivas para la Europa del futuro” [Roma, 23-25 de marzo de 2007], ampliado a movimientos y organizaciones católicas, a las que deseamos acompañar con la oración y al que no falta la aportación de algunos representantes nuestros.

También el grupo de “Iniciativa de los Cristianos para Europa” ha elaborado una llamada que deseamos retomar y relanzar: «Nosotros afirmamos que la construcción europea está fundada en un proyecto más amplio, que tiene sentido y que todavía está de gran actualidad: *la reconciliación entre los pueblos para construir un espacio de paz, de derecho, de prosperidad y de solidaridad, un espacio abierto y al servicio del mundo*» [*Reencontremos el sentido de la construcción europea*].

A partir de aquí, con ocasión del **IV Encuentro europeo-mediterráneo del FIAC**, hemos enunciado algunos ámbitos específicos de compromiso:

**a) El compromiso en el ámbito cultural.** El testimonio cristiano necesita, hoy más que nunca, de una “fe amiga de la inteligencia” [Benedicto XVI], capaz de dialogar con la cultura y las culturas, a través del debate libre y sereno, en una real “contaminación positiva” entre las tradiciones, las costumbres, los saberes, los idiomas. Elementos que -tomados en conjunto- muestran el rostro de la Europa de hoy. Como cristianos continuaremos proponiendo -como patrimonio irrenunciable de la tradición europea- una cultura de promoción de la vida y de rechazo del racismo, de las nuevas formas de esclavitud, de los abusos a menores, a los ancianos y a los inmigrantes irregulares. Se inserta en esta perspectiva también la promoción de una cultura de la familia fundada en el matrimonio como “santuario de la vida”. Juan Pablo II dirigió una llamada a las familias cristianas de Europa: “Familias, sed lo que sois”. Del mismo modo, nos comprometemos a promover -en colaboración con otras realidades y asociaciones humanitarias- una cultura de la solidaridad, atentos a las necesidades de los pobres, de los débiles, los enfermos, los excluidos y los que sufren. Así la fe cristiana podrá continuar siendo “sal y levadura” para la vida diaria, ayudando a Europa a comprender que la herencia cristiana está inscrita en su “ADN” original y es parte fundamental de su moderna identidad.

**b) El compromiso formativo.** Esta es una condición indispensable para hacer a los ciudadanos europeos conscientes de la necesidad de una Europa unida políticamente, cohesionada en el plano social y cultural, guiada por unos principios compartidos fundados en principios fundamentales de la dignidad de la persona humana y del bien común y abiertos a proyectos a largo plazo. Sólo una Europa que sepa ser *laboratorio de ciudadanía activa y de sana laicidad*, portadora de valores como la *dignidad humana*, la *libertad*, la *solidaridad*, la *democracia*, la *igualdad fundamental entre las personas* puede abrir vías nuevas: para afrontar la acuciante problemática demográfica (entre ellas el envejecimiento progresivo de la población y las migraciones) para promover la libertad y la justicia social, para acercar el Sur y el Norte, el Este y el Oeste del planeta; para sostener el diálogo entre las civilizaciones y las grandes religiones y ayudar concretamente al desarrollo de los países más pobres.

**c) El compromiso ecuménico.** «El deber más importante de las Iglesias en Europa es el de anunciar juntos el Evangelio a través de la palabra y la acción, para la salvación de todos los seres humanos» (*Charta Oecuménica*, 2). Con la mirada puesta en la Asamblea ecuménica de Sibiu en 2007, los cristianos deberían abrir de par en par los corazones a la riqueza que surge del diálogo ecuménico e interreligioso; un diálogo particularmente atento a suscitar ocasiones de encuentro entre todos los hijos de Abraham. Este es un aspecto que recientemente ha asumido un interés posterior con el ingreso en la UE de dos países como son Rumanía y Bulgaria mayoritariamente ortodoxos. Las divisiones entre los cristianos aparecen aún más lacerantes en una época en que, aún entre mil dificultades, Europa busca una unidad en el campo económico y político. Así, en esta era globalizada, que hace cerrado el debate entre los pueblos y las civilizaciones, las religiones pueden ayudar a comprender que es posible recorrer juntos el camino de la vida, en el respeto recíproco, en la escucha del otro, en el encuentro compasivo que genera comprensión y esperanza en el futuro. El discernimiento común y la escucha de la Palabra de Dios deben acompañarnos constantemente:

*«Iglesia en Europa, ¡entra en el nuevo milenio con el libro de los Evangelios! Que la Sagrada Biblia siga siendo un tesoro para la Iglesia y para todo cristiano: en el estudio atento de la Palabra encontraremos alimento y fuerza para llevar a cabo cada día nuestra misión» [Ecclesia in Europa, 65].*

Todas las asociaciones de Acción Católica reunidas en el FIAC dan gracias al Señor por el don de este encuentro, que ha hecho posible la celebración, una vez más, las maravillas a nuestro alrededor, y se comprometen a dar concreta actuación a estas líneas, conforme a su identidad y a su historia.

**Madrid, 3 de marzo de 2007**